

libro tercero (A 3,9)”, de la página 53, cuando por la mera referencia del final es Ovidio quien dedica a Tibulo dicha elegía y no al revés.

Las traducciones de las citas ovidianas, que vistas como traducidas desde el alemán son bastante fieles al latín, a veces merecerían más detención: en la página 174 se lee “sino el hecho de que es todavía (sea) un chiquillo”, entendido como traducción de *sed quod adhuc puer est*. Sin embargo el original alemán reza así: “sondern die Tatsache, daß er noch ein Knabe ist”. No se aviene bien, pues, el paréntesis “(sea)”.

Por último, se observa una cierta incongruencia a la hora de trasladar al español algunos nombres de poetas medievales. Me parece bien que se diga Conrado de Hirsau, para Conradus Hirsaugiensis, Konrad von Hirsau, o que se traslade como Balderico de Bourgueil a Balderich von Bourgueil, o Baudri de Bourgueil o Baldricus Burgulianus. No se corresponde con ello, sin embargo, mantener Hildebert de Lavardin o Vincent de Beauvais, cuando son muy habituales y están ya consagradas por la tradición las formas Hildeberto de Lavardin (Hildebertus Turonensis o Hildebert de Tours), o Vicente de Beauvais, este último llamado así en español ya desde el siglo XVIII.

La obra se cierra con una bibliografía ovidiana en España por Elena Gallego Moya dividida en Ediciones y Traducciones, y en Estudios. La primera parte es un sugerente resumen de cuantas ediciones y traducciones según las diferentes obras de Ovidio han sido, y es destacable la anotación de traducciones antigua aún inéditas. El apartado de Estudios, sin embargo, es una lista por orden alfabético de autor de decenas de estudios publicados. No voy a entrar en si falta alguno o no —la autora la plantea como un punto de partida—, pero sí creo conveniente resaltar que un mero listado alfabético por autor es poco productivo: más útil habría sido organizar temáticamente las aportaciones que se listan, pues no es lo mismo buscar aportaciones de crítica textual, de análisis de mitos o de tradición.

Dicho todo esto, es momento de volver a felicitar a quienes tuvieron la iniciativa de traducir el libro y a quienes la han puesto en práctica para que la obra de Ovidio viva.

Juan A. ESTÉVEZ SOLA
Universidad de Huelva

Marco Valerio MARCIAL, *Antología de epigramas*, trad. y nota preliminar Pedro CONDE PARRADO, Gijón, Ediciones Trea, 2014, 134 pp. ISBN 978-84-9704-813-2.

Este Marcial de Conde Parrado puede calificarse de traducción en primera persona, en varios sentidos. El comienzo de la nota preliminar da la pauta: “Gran pesar me ha causado...”. El lamento de Plinio el Joven por la muerte de Marcial marca esa primera persona, que se proyecta más allá de la cita, para irradiar al antólogo y al propio lector que acaba de entrar. Este principio, más *in ultimas* que *in medias res*, consigue el curioso efecto de mostrar al poeta como alguien cercano. Su muerte parece recién ocurrida. Y el

antólogo queda retratado como una voz con entidad literaria para asumir los riesgos de esa aproximación.

Este planteamiento —de audacia tranquila— es propio de una filología que combina el rigor científico con un nuevo humanismo, cada día más necesario. Hacer una pequeña antología de Marcial tiene detrás un trabajo grande, que solo desde la propia filología clásica podemos apreciar: en primer lugar, la selección de materiales, que en una obra tan extensa obliga a un verdadero despojo, ya que, como constató Montaigne (*Essays* 2,25), entre los epigramas de Marcial los hay de todo tipo.

Plantea el antólogo una original lectura para el famoso juicio de Plinio el Joven: “Puede que no sea eterno lo que escribió: tal vez no, pero él lo escribió como si fuera a serlo”. Según Conde Parrado, no estaría referido a toda la obra de Marcial, sino únicamente a lo que escribió sobre Plinio. En cualquier caso, ofrece un Plinio consciente de que él y Marcial son postclásicos, aunque no necesariamente menores. Ese “como si fuera a serlo” (*tamquam esse futura [aeterna]*) se parece mucho al *sub specie aeternitatis* con que se nos presenta la vida. Marcial escribió de un modo curioso: como los demás vemos la vida, así ve él la eternidad literaria. Con la misma fragilidad con que nos adentramos en la ficción. Esa puede ser una de las claves del lado humanísimo de Marcial. Esta interpretación contemporánea que está implícita en la hipótesis de Conde Parrado renuncia a las seguridades áureas o argénteas (“tal vez no”, *non erunt fortasse*), pero acerca mucho al poeta, como hemos visto. La eternidad quebradiza de los dos milenios es nuestra certidumbre.

Con esa perspectiva distingue bien el antólogo los dos Marciales: el humorístico y el serio (incluso vulnerable o tierno) que se perfila por excepción. A ambos les ha dado lugar y lenguaje, aunque en el serio, menos conocido y más íntimo, ha puesto el traductor lo mejor de su esfuerzo, como acreditan el epitafio de 2,34 o el arte de vida de 10,47. A cambio —y es un logro— ha excluido los poemas que nos resultarían lejanos o inasumibles. El resultado son doscientos poemas breves en un librito caleidoscópico que permite al poeta antiguo desplegar su gracia sin el sobrepeso de las explicaciones. No hay bibliografía, y las notas, relegadas al final, están reducidas al mínimo (21 para 200 poemas). Es un minimalismo de la erudición, no de la filología, que concentra su acción vigorosa en la elección de poemas y en la traducción misma.

Habiendo optado por una presentación narrativa, Conde Parrado enumera claramente lo que sabemos y lo que no sabemos, que es mucho en Marcial, y que en ambos casos nos remite a la obra. Esas zonas en sombra de la literatura latina son más grandes de lo que Bardon esbozó, y curiosamente resultan ser uno de los atractivos de los clásicos para el público actual, al que le interesa mucho lo que desconocemos, tal vez porque muestra la filología clásica como “work in progress”.

Para la eficacia poética de la antología ha sido determinante la colección, que sitúa a Marcial en una serie inequívocamente literaria, junto a otros poetas. Ediciones Trea recibió en 2014, el año de esta antología, el Premio Nacional por su calidad cultural, criterio en el que entra de lleno este Marcial. En esa línea debe reconocerse que publicase el texto bilingüe, algo que facilita la lectura y otras consultas. La traducción, al funcionar

perfectamente como poesía actual, tira del latín hacia el presente, no solo del latín de Marcial, sino de toda la lengua y la literatura latinas. Al valor del poeta se suma el del traductor. El resultado es un libro nuevo, una verdadera antología esencial. Queda bien representado el epigrama específicamente marcialesco dentro de la larga tradición del género, anterior y posterior. Es elogiado además que los epigramas mantengan su forma, sin haber perdido su tensión poética.

Las renunciaciones tienen también sus riesgos, aunque solo en el ámbito filológico, no en el literario. Conde Parrado no indica qué edición latina sigue. Sí alude, sin embargo, a la edición de Alma Máter, en la que su maestro, Enrique Montero, ha ejercido como traductor. Esa, a todos los efectos, es la edición que el lector percibe implícitamente como referencia de *corpus* completo, bibliografía actual y notas detalladas.

A pesar de su brevedad, la antología abunda en hallazgos: “madurito” para *senior* (3,69,6), lo que repercute en que allí mismo *amica* se interprete como “nínfula”. El diminutivo “putitos” para *cinaedos* (12,16), o “cara de mandona” para *facies imperiosa* (6,23,4); la literalidad no tiene por qué ir palabra por palabra: *Auctoris ... garrulitatis sui*: “Si el que lo hace es un bocazas” (5,56,8). A veces nace de un giro inesperado: *Quis credat?*: “¡oh, sorpresa!” (5,44,3).

Hallazgo es dar con un verso nuevo que en todos los órdenes (semántico, fónico con la aliteración en *s*, sintáctico en la bipartición) equivale al original (3,12,3): *Res salsa est bene olere et esurire*: “Tiene guasa oler bien y pasar hambre”. Nuestro Siglo de Oro es históricamente uno de los lugares de Marcial: “Ya sé: te atrapa mesa más golosa, / cual perro preso de mejor cocina” (5,44,7-8). Así hay líneas de esta traducción conectadas con Quevedo: “querrás los huesos de las cenas de antes”; con Góngora: “campo, pórtico, sombra, Virgen, termas”, o con Lope: “«Mañana viviré. Mañana» dices, Póstumo, siempre”).

Conde Parrado domina distintos registros de belleza poética, cosa imprescindible para un traductor de Marcial. Por un lado, el encanto tranquilo del invernadero (“igual que refulge un cuerpo de mujer bajo la seda, / igual que un guijarro bajo las lípidas aguas” [8,68,7-8]). Por otro, el espléndido 10,34, cuyo inicio (“Contigo treinta y cuatro primaveras”) es un impecable y rotundo endecasílabo castellano, que no solo iguala el endecasílabo latino, sino que está a punto de saltar a la música para ser cantado por alguna garganta desgarrada, mejor mexicana que española. Conde Parrado no solo ha puesto aquí a Marcial. También ha puesto letra al bolero que Marcial ni imaginó: “Lo dulce ha ido mezclado con lo amargo, / mas son los buenos ratos los que cuentan”.

La destreza del traductor consolida la percepción de las figuras poéticas, como la paradoja de 8,20,2: “Tonto y listo eres a un tiempo” (*Non sapis, atque sapis*). También hace posible que nos lleguen los estereotipos, como el metrosexual del 12,38, con su “bronceado de bote” (*niger unguento*) y sus “piernas bien lisitas” (*crure glaber*). A propósito, no estoy seguro de que “minga” sea siempre la mejor opción para *mentula*, pero es cierto que se trata de uno de los términos en los que no hay un único equivalente hispánico, ni mucho menos panhispánico.

Las líneas maestras de Marcial están bien trazadas en esta antología. El epicureísmo sereno y la acidez cínica. El humor. El origen hispano, los regalos, los espectáculos (de cuyo libro se elige solo un poema, pero es absolutamente eficaz, puesto que es la inauguración del Coliseo). Lo masculino y lo femenino (que pueden decidirse en una paronomasia feliz, añadida por el traductor: “y roce y goce mi lino sus níveos pechos” [14,149]). Está el tono mayor que puede alcanzar, cuando quiere, un poeta mayor: como el magnífico 10,47, difícil en sí mismo, y difícil por estar muy bien traducido (incluso recreado recientemente otra vez, como en el célebre soneto de Vicente Cristóbal). Conde Parrado traslada la sobriedad de los contenidos a las palabras, casi quevedescas: “En mesa sin boato frugal dieta”.

De hecho, es en la sintaxis donde se decide un poeta y donde se decide un filólogo. Combinar el significado con la articulación de los vocablos acredita un conocimiento íntimo de los dos idiomas y una seguridad a la hora de mantener y de eliminar. Todos los mecanismos de la tradición clásica pueden darse en una traducción, empezando por la imitación y la variación. Por ejemplo, en 6,79,1: *Tristis es et felix*. Hay una oración enunciativa, el verbo es copulativo con dos atributos. Conde Parrado la convierte en interrogativa, suprime el verbo *es* y la conjunción *et*, utiliza una locución para *felix* y además lo vuelve ponderativo: “¿Triste con tan buena estrella?”. Y todo como si nada. Es imposible introducir más cambios en menos palabras. Sin embargo, la versión es asombrosamente literal. A eso me refiero con la maestría de un traductor maduro, seguro.

Si pudiera parecer que Marcial desafía solo las convenciones de su momento, debemos ser realistas. Sus provocaciones siguen intactas hoy, lo que debería hacernos pensar mucho en la necesidad de seguir haciendo legibles a los clásicos. El Marcial de Conde Parrado está llamado a conquistar un sitio entre las mejores traducciones del poeta. Por las virtudes que hemos enumerado tendrá público literario, acostumbrado a la poesía, pero es útil también por sus valores didácticos: por un lado, éticos, y, por otro, puramente filológicos. Es perfecto para clase de textos y para clase de literatura, para talleres literarios, para lectores jóvenes y para lectores maduros.

Hay un fuerte componente ético en Marcial, que se hace visible, por ejemplo, en el epigrama 5,20. Este fluye de principio a fin en la traducción: “vivir vida que sea en verdad vida ... /... si sabemos vivir, ¿a qué esperamos?”. Traducir es ser. Leer es ser. Una buena traducción poética nos permite vivir mejor, con una sabiduría que sin estos poemas es inimaginable.

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS
Universidad de Salamanca